



## Entrada Espiritual El corazón y el mundo: campos de batalla.

Numerosos autores espirituales han derramado ríos de tinta sobre el combate que supone la vida espiritual. Pero... ¿De qué hablamos cuando decimos combate espiritual? ¿Es que habría algo por lo que combatir?

Quien se determina a tomar en serio su vida espiritual debe saber que se determina a forjarse un corazón combativo capaz de luchar contra todo obstáculo que le impida dejarse amar por el Señor, descubriendo con Su ayuda las tretas y artimañas "del enemigo de la naturaleza humana" para impedir la cercanía al Amor del Señor.

En la tradición cristiana el mal tiene diversas figuras, como la de "Satanás", que en hebreo significa "adversario", o "Diábolos" en griego, es decir, el que divide o siembra discordia. En la tradición bíblica y espiritual también se habla del "seductor del mundo", el "padre de la mentira", o "Lucifer", el que se presenta como ángel de luz, bajo capa de bien, induciendo a engaño.

Esa es la verdadera lucha, que Dios nos gane el corazón y no nos dejemos engañar por aquello que se presenta con brillo y apariencia de vida pero conduce a la muerte.

Es el combate contra el enemigo de la naturaleza humana, el diablo [el que divide], el padre de la mentira, el acusador, el tentador que no quiere que nos acerquemos al Corazón de Jesús. En este combate es el Señor que toma la iniciativa y nos asiste en la lucha, es Él quien ha vencido a la muerte. Así somos nosotros quienes suplicamos su gracia y su asistencia en este combate para reconocer los signos de vida y los signos de muerte, acoger los primeros y desechar los segundos.

San Pablo en su carta a los cristianos de Éfeso, nos figura a través de una analogía de qué se trata y cómo prepararnos para ese combate espiritual, las armas de Jesucristo serán nuestras armas. *"Por lo demás, fortalézcanse por medio del Señor, de su fuerza poderosa. Revístanse de las armas de Dios para resistir a las acechanzas del diablo. Porque nuestra lucha no va dirigida contra simples seres humanos, sino contra los principados, las potestades, los dominadores de este mundo tenebroso y los espíritus del mal que están en el aire. Por eso, tomen las armas de Dios, para que puedan resistir en el día funesto; y mantenerse firmes después de haber vencido todo.*

### **Efesios 6,9**

**"9. Amos, obrad de la misma manera con ellos, dejando las amenazas; teniendo presente que está en los cielos el Amo vuestro y de ellos, y que en él no hay acepción de personas."**

*Manténganse firmes, ceñida su cintura con la verdad y revestidos de la justicia como coraza, calzados con el celo por el Evangelio de la paz, embrazando siempre el escudo de la fe, para que puedan apagar con él todos los encendidos dardos del maligno. Tomen también, el yelmo de la salvación y la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios. Manténganse siempre en la oración y la súplica, orando en toda ocasión por medio del Espíritu, velando juntos con perseverancia e intercediendo por todos los santos" (Ef. 6, 10-18).*

### **Efesios 6, 19-20**

**"19. y también por mí, para que me sea dada la Palabra al abrir mi boca y pueda dar a conocer con valentía el Misterio del Evangelio, 20. del cual soy embajador entre cadenas, y pueda hablar de él valientemente"**

Es que en el corazón del hombre habitan fuerzas que se hacen sentir. Son pensamientos, sentimientos, movimientos interiores que tiran con direcciones diferentes y a veces contrarias. Esas fuerzas interiores puján dentro de nosotros, enredan y se mueven. Y en virtud de sus movimientos nos conducen en unas direcciones o en otras. Es importante saber reconocer estas fuerzas, "sentirlas" dentro de nosotros y darnos cuenta a dónde nos conducen. Para conocer estos pensamientos, deseos, sentimientos que se mueven dentro nuestro tenemos que aprender a mirar nuestro interior, tomarnos tiempo para tomar contacto con esas fuerzas, sentir cómo son, cómo se mueven, a qué nos conducen sin tomar partido por ellas, sólo mirar sin juzgarlas, ni desecharlas. Al menos en este primer momento. Es un camino de meditar, de hacer silencio, de tomarnos tiempo, de aprender a escuchar el interior. Y una gracia que debemos pedir insistentemente en la oración. El discernimiento en el combate espiritual es un don del Señor.

Este camino no se hace en un abrir y cerrar de ojos, ni se aprende de un momento para el otro. Requiere un proceso gradual de ir amigándonos con nuestro mundo interior y una actitud de súplica a recibir esta luz y gracia del Señor.

Mirando aprenderemos a aceptar *qué fuerzas nos habitan y cómo se llaman*, y aprendiendo a aceptar podremos distinguir *lo que nos ayuda a dejarnos amar por el Señor*. Para entender más el discernimiento mirar la entrada espiritual del paso 2: "conocer los movimientos de nuestra interioridad".

Si verdaderamente deseamos que el Señor acampe en nuestro corazón, debemos dejar que las fuerzas que nos dirigen a Él y que él apoya fluyan dentro nuestro. Y para esto es necesario que sus armas sean las que luchan en nuestro corazón.

¿Y cuáles son sus armas? La carta de San Pablo es una buena orientación para reconocer los criterios de Dios:

- La fortaleza proviene del Señor que viene en ayuda de nuestra debilidad. El mal es mayor que nuestras fuerzas por eso debemos apoyarnos en el Señor.
- Somos habitados por Jesús y la semilla del Reino con todo su potencial de justicia y compasión puja por prevalecer en nosotros.
- La Fe que nos salva es creer en Él, en lo que nos promete y en que desea acampar en nuestro corazón. Jesús tiene la victoria en sus manos y esa creencia firme es nuestra seguridad más allá de todas las luchas.
- La oración sencilla y entregada dejándonos atrapar por Él es nuestra arma poderosa. La oración que no es más que ese encuentro disponible en el que sólo buscamos estar para el Señor, en su Presencia para que él nos conquiste y nos atrape.

Cada persona es una unidad amada por Dios con esas fuerzas que habitan el interior y que no desaparecerán, pues la vida espiritual es siempre combate para elegir la vida. La victoria es cuando dejamos espacio al Señor para que reine en nuestro corazón.

También el mundo es lugar de lucha de estas fuerzas que reconocemos en el corazón del ser humano y que también Jesús quiere ganar para sí y su Reino. No habrá transformación posible del mundo, que no inicie primero en nuestro corazón y el de cada persona. La paz y el bien que anhelamos en el mundo hemos de acogerlos primero en nosotros, en el combate interior, dejando que Jesús nos transforme a su imagen. Nuestras conductas, nuestras actitudes con los hermanos, nuestras decisiones pueden entrar en complicidad con el mal que vemos o acompañar las fuerzas de Vida que brotan en el mundo.

Aprender a discernir estas fuerzas, mirar y distinguir en nuestro interior lo que nos empuja a actuar, nos ayudará con la gracia del Señor a elegir lo que nos abre a la Vida. Por eso decimos que el mundo es el lugar en el que el combate interior cobra vida concreta, en el que podemos asociarnos a la misión de compasión de Jesús por el mundo o bien entrar en complicidad con las fuerzas que la destruyen. En nosotros está la decisión.

El Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exultate* nos da algunas pistas para este combate espiritual: *“La vida cristiana es un combate permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida. No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia, los celos, y demás). Es también una lucha constante contra el diablo, que es el príncipe del mal. Jesús mismo festeja nuestras victorias. Se alegraba cuando sus discípulos lograban avanzar en el anuncio del Evangelio, superando la oposición del Maligno, y celebraba: «Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo» (Evangelio de Lucas cap.10, 18). Nº158/159.*

*Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios.*



*Entonces, no pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios. Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades, porque «como león rugiente, ronda buscando a quien devorar» (Primera Carta de Pedro cap. 5,8). N°161.*

*La Palabra de Dios nos invita claramente a «afrontar las asechanzas del diablo» (Carta a los Efesios cap. 6,11) y a detener «las flechas incendiarias del maligno» (Carta a los Efesios cap. 6,16). No son palabras románticas, porque nuestro camino hacia la santidad es también una lucha constante. Quien no quiera reconocerlo se verá expuesto al fracaso o a la mediocridad. Para el combate tenemos las armas poderosas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero. Si nos descuidamos nos seducirán fácilmente las falsas promesas del mal, porque, como decía el santo cura Brochero, «¿qué importa que Lucifer os prometa liberar y aun os arroje al seno de todos sus bienes, si son bienes engañosos, si son bienes envenenados?». En este camino, el desarrollo de lo bueno, la maduración espiritual y el crecimiento del amor son el mejor contrapeso ante el mal. Nadie resiste si opta por quedarse en un punto muerto, si se conforma con poco, si deja de soñar con ofrecerle al Señor una entrega más bella. Menos aún si cae en un espíritu de derrota, porque «el que comienza sin confiar perdió de antemano la mitad de la batalla y entierra sus talentos. [...] El triunfo cristiano es siempre una cruz, pero una cruz que al mismo tiempo es bandera de victoria, que se lleva con una ternura combativa ante los embates del mal». N°162/163.*

*¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el discernimiento, que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual. N°166.*

